

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Labores, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Ejemplos de familia, por don A. Pirala.—El Rey y el Ruiseñor [Balada], por don E. Hernandez.—Una mujer al agua [continuacion], por don E. M. Cuende.—Escritoras españolas: Emilia Serrano Wilson, por doña María del Pilar Sinués de Marco.—El Paje, por don José S. Biedma.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINAS: Segundo Figurin.—Pliego de Dibujos.

EJEMPLOS DE FAMILIA.

SU INFLUENCIA EN LA EDUCACION Y EN LAS COSTUMBRES.



ABIDO es que nada influye tanto sobre el espíritu de la niñez como el ejemplo. ¿Cuántas veces vemos que los ejemplos de la madre, transmitidos mas directamente que los otros á la inteligencia del niño, son el complemento visible y vivo de las lecciones del maestro, presentando además la madre un inmenso interés de moralidad?

Aunque este asunto esté en la mente de todos, no creemos superficial insistir algun tanto en él. Tambien lo está la educacion é instruccion que todos debemos tener, y se vé cuánto y cuán lastimosamente se olvida.

Se recomienda siempre al que enseña *predicar con el ejemplo*, si quiere dar autoridad á sus lecciones, y nada en verdad es mas razonable, pues teniendo los que aprenden fija su vista en quienes les instruyen, y dispuesto el espíritu á seguirles, están propensos á una buena ó mala imitacion, segun el buen ó mal ejemplo que reciban. Y si tal sucede á los jóvenes, cuyo natural es mas independiente y la voluntad mas personal, ¿qué influencia no tendrá el ejemplo en las hijas que, siempre á la vista de la madre, apenas obran ni respiran mas que por ella? Asimilando la hija su volunta propia á la volunta ma-

ternal, no tiene independenciam que pretender ni desear, y si recibe malos ejemplos, hasta los seguiria por hábito de sumision. ¡Desgraciada la madre imprudente, cuyos actos no estén de acuerdo con sus palabras! Ella seria culpable de la desobediencia y de los errores de sus hijos.

Inútil seria esponer la diferencia que hay entre los niños y las personas mayores, porque si esta distincion es buena para esplicar la diferencia de costumbres, no comprende la de los deberes; lo que es bueno siempre es bueno; lo que es malo siempre es malo, en todas las posiciones y en todas las edades. Se siguen mejor las obras que los consejos, y se debe por lo tanto cuidar mas de aquellas que de las palabras.

La natural y necesaria influencia que ejercen sobre la juventud cuantas personas ama y la rodean, se desenvuelve con una fuerza igual para el mal que para el bien. Cuando no recibe mas que buenos ejemplos, no alimenta un defecto, aunque tenga atractivos, no persevera en una falta cometida inadvertidamente. Pero cuando la juventud se ve rodeada de ejemplos imprudentes, siente desenvolver y crecer en su corazon todos los malos instintos de una naturaleza mal dirigida. Las faltas ligeras hacen plaza á las mas graves; los defectos se convierten en vicios.

Hay una jóven con una decidida inclinacion á la coquetería: desde muy niña se mira siempre al espejo y arregla una cinta, mas que por ordenarla por ver el efecto que hace: á la edad de trece años enloquece por adornarse, no sueña mas que en chales elegantes, manteletas de moda, encajes y pedrería. Su madre, que tiene la sincera intencion de educarla como es menester, le presenta la conveniencia de los gustos modestos para una niña, cualquiera que

sea la condicion de su fortuna , y en cuanto á adornarse no le permite sino lo que es razonable , y aleja de ella todas las ocasiones de alimentar un defecto tan peligroso. Pero una cosa sola falta á esta madre atenta, y no parece aperebirse de ello; y es, predicar con el ejemplo. Invitada á algunas reuniones, va cargada de adornos que no la harán admirar , pero sí llamar la atencion; pone en su tocado un afectado cálculo de mal tono y de mal gusto , donde no se reconoce la sábia maestra que escuchábamos hace poco. Testigo la niña de todos esos preparativos , no se hace cargo de la extrema diferencia del ejemplo á las palabras; sueña todavía en la contradiccion , y cuando su madre la enseña la modestia, á pesar de ella misma, mide el valor de un lenguaje desmentido por las acciones. La autoridad de los discursos maternas está comprometida y tal vez perdida; cuando la madre, despues de haber recomendado la sencillez y la conveniencia en el vestir, se muestre á su hija fiel observadora de esta ley , dará así á sus consejos el inmenso apoyo de su ejemplo. Escuchar, y mirar y observar á su madre, debe ser una misma leccion. Segura de comprender bien su deber, le amaré sin inquietud y le practicaré sin sentimiento.

Muchos ejemplos podríamos citar , pero los creemos innecesarios , porque están en la mente de todos, que conocen la fuerza y la intencion de aquel conocido proverbio, *Haz lo que te digo y no hagas lo que hago*; pero no estará demás nunca insistir cuanto sea posible en que esas faltas en la educacion, que afectan á las costumbres de la familia, afectan tambien de una manera no menos directa y lamentable á la sociedad.

Estudiad los vicios de ésta: buscad su origen y le hallareis en la familia; empezando por una falta , lo que acaba muchas veces por un crimen.

Cuando se dan lecciones para andar hácia adelante y se imita al cangrejo de la fábula, no pueden menos de ser perdidas; así que , lo que se enseña con el ejemplo , tiene doble autoridad y la garantía de que será siempre aprovechada la leccion.

A. PIBALA.



LITERATURA.

EL REY Y EL RUISEÑOR.

BAZADA.

Baña la cumbre del alto monte ,
De oro y de grana vivo arrebol ,
Y lentamente del horizonte
Cobra el imperio la luz del sol.

Como un fantasma , como una sombra ,
Ora pausado y ora fugaz ,
Cruza del Tajo la verde alfombra
Un rey de España de mustia faz.
Súbite surge de la espesura
Un grito , un canto de serafin ,
Y , como herido por su dulzura ,
Párase , inquiere , y esclama al fin.

REY.

Sirena ó maga del bosque ameno
Que fertiliza rio sin par ,
¿Qué influjo ejerce sobre mi seno
La poesía de tu cantar?
¿Eres un ave que con su pío
Dice á la tierra « canta al Señor , »
O al aura errante , y al manso rio ,
Cuenta el secreto de su dolor?
¿Eres un alma que en el espacio
Lanzó el Eterno desde el Eden ,
Y envuelta en nube de oro y topacio
Cierne su vuelo sobre mi sien ?

RUISEÑOR.

No soy un ave que se querella
De ruin destino , ni amor falaz ,
Que soy el alma de una doncella
Que pide al cielo la eterna paz.
Pura y hermosa como las flores ,
De flores y aves en la estacion ,
Abrí al rocío de los amores
A los quince años mi corazon.
De ricas hembras y de galanes
Pasmo y envidia por lo gentil ,
Era el objeto de los afanes
De mi delirio casi infantil.
Vióle mi madre , buen caballero ,
Y un punto verle y amarle fué :
Ella sensible y él traicionero
¡Perdido al cabo su amor lloré!

Alceme entre ellos amenazante...
Y un día, hastiados de mi dolor,
Con el auxilio de un nigromante
Me transformaron en ruiñeñor.

REV.

De doble cetro la pesadumbre
Mi diestra rinde des que nació:
Do quiera el día viste su lumbre
Mi nombre acata la tierra allí.
Ven, y si puede la ciencia humana
La obra del mago desvanecer,
Yo haré que surja tierna y lozana
De la ave el alma de la mujer.
Ven, y si escrito por el Eterno
Que no la cobres acaso está,
En el Otoño y en el Invierno
Mi pecho abrigo te prestará.

Turba del viento la grave calma,
Deslumbradora detonación,
Y envuelta en humo divide un alma
Del vago viento la azul región.
Roca que el cierzo despeña airado,
Roble que troncha la tempestad,
Inmóvil, mudo, desencajado,
Yace en el suelo su magestad.
¡Él puso un día la torpe huella
En el espejo de su virtud!...
¡Él fué el amante de la doncella
Qué ya traspone la escelsitud!
Bendito el plomo centelleante
Y la destreza del cazador,
Que hizo en presencia del torpe amante
Surgir su víctima del ruiñeñor!

Del Monasterio de Yuste en una
Celda sombría, que susto da,
Anciano monje de régia cuna
La muerte al cielo pidiendo está.
Pero la muerte sombría esconde
Mano y guadaña por mas rigor;
A su lamento solo responde
El dulce canto de un ruiñeñor.
Cuando la noche su negro manto
Tiene por selva monte y ciudad,
Turba el murmullo del mismo canto
de templo y celda la soledad.
Cuando á la noche sucede el día
De celda y templo se escucha al pié
Del mismo canto la melodía...
Mas nadie al ave parlera vé.

Los reverendos sobrecogidos,
Pues no recuerdan suceso igual,
Temen que el alma por los oídos
Quiera robarles el Dios del mal.
Y en tanto el monje desfallecía,
Y en tanto el cielo llamóle á sí:
Murió dejando, cual deja el día
Rastro brillante detrás de sí.

Solo de Yuste volvió el salterio
Bajo las bóvedas á resonar,
Pues diz que en torno del monasterio
Ave ninguna volvió á cantar.

ENRIQUE HERNANDEZ.

UNA MUJER AL AGUA.

[Continuacion.]

Hacia algunos días que sentía la necesidad de hacer algo de imprevisto; algo en que no hubiera pensado: me dejé, pues, arrastrar por aquel torrente de loca elocuencia.

A los veinte minutos nos hallábamos en el embarcadero del Oeste.

—Todo sale á pedir de boca, me dijo Atanasio: tú querías hacer una correría por las costas normandas. ¡Ah cruel! ¡Y todavía te hacías de rogar! ¿Pero dónde están las señoras?... No las veo. Sin embargo, en el hotel Folkstone nos han dicho que se volvían á Inglaterra por la vía del Havre! ¡Canario! ¡Si pudiéramos hacer el viaje en el mismo wagon... y en el mismo departamento!

Pero en vano buscamos á nuestras inglesas: la hora de marchar sonó: tuvimos que meternos en el primer wagon que hallamos á mano.

—Dime, le pregunté á aquel loco: ¿sabes el nombre de la que amas? ¿No se lo has preguntado?

—¡El nombre!... ¿Qué hace el nombre? En cuánto á hablarla, he tenido con ella largos y dulces coloquios. Todo el día nos estábamos mirando, y ya que no la lengua, los ojos servían de intérpretes. ¿Comprendes?... habíamos establecido un puente de miradas.

—Pero esta calaverada te va á indisponer con tu tío: quería casarte con su hija y se opondrá á tus proyectos.

—¿Por qué?... Pero no se enfadará... estoy seguro... Ni dirá siquiera una palabra, primero porque yo soy dueño de mí mismo: segundo, porque el matrimonio es un contrato muy serio en que se debe dejar amplia libertad á los contrayentes... y tercero y último, porque se ha muerto hace tres meses.

—Hubieras empezado por el final, y en seguida me doy por convencido.

II.

Continuamos nuestro camino sin que durante todo el nos ocurriera nada notable.

Llegados al Havre, me dijo Atanasio:

—Vé al hotel de Europa que allí iré yo á buscarte; yo voy á ver si tropiezo con mis desconocidas y descubro donde se alojan.

Dejóme el saco-maleta, y se lanzó como un jabalí á través de la gente, atropellando á los viajeros con la impetuosidad de su temperamento meridional, calentado por un sol de treinta y seis grados y un amor de setenta y dos. A su paso alzábanse murmullos de cólera; las mujeres, cuyos adornos chafaba, gritaban; pero él seguía indiferente á estos clamores.

Un personaje menos paciente que los demas, ó mas sensible de los juanetes, le apostrofó *ex abrupto* con un violento puñetazo.

Corrí á prestar ayuda á mi amigo.

El personaje era un inglés vestido con estremada elegancia, y que parecia estar perfectamente educado... á la inglesa.

Con el cuerpo echado hácia atrás, descansando el peso en las caderas, en la actitud de un completo boxeador, aprestábase á continuar la lucha comenzada, pero dos señoras, una jóven y otra ya entrada en años se lo impidieron.

Atanasio llevó al inglés aparte, cambió con él una tarjeta, y luego se dirigió hácia mí sonriendo y rebotando alegría.

—¿Qué te pasa? le pregunté.

—¿No lo comprendes? me replicó: á no ser por ese bueno de John Bull, quizás no las hubiera encontrado.

—Cómo, ¿es tu desconocida?

—La misma: no sé cómo no la has reconocido con la pintura que de ella te hice.

—Pero ese inglés... da el brazo á la mas vieja... las conoce sin duda.

—Por lo que se vé, debemos suponerlo.

—Tal vez será un pretendiente á la mano de tu viñeta.

—Entonces tanto peor para él. Soy capaz de hacer un desembarco en Inglaterra. Desde la invencion del vapor, se dice que es cosa posible...

Encargamos á un mozo que siguiera á las señoras. Volvió en breve á decirnos que se habian apeado en el hotel Frascati, situado á orillas del mar.

Sir Lock (así se llamaba el inglés) y Atanasio no debian ir al terreno sino despues del medio dia: teníamos, pues, algunas horas por nuestras. Atanasio para matar el tiempo quiso volver á ver á su desconocida.

—¿Pero cómo conseguirlo?

Antes de la hora señalada para el desafio no podia

presentarse en el hotel. Alquiló á la ventura una barca para correr algunas bordadas delante de los balcones de Frascati.

—La brutalidad de ese inglés ha hecho que el duelo sea inevitable.

—¡Bah! por tan poca cosa no debe uno inquietarse.

—Pues debias pensar en ello y no fatigarte demasiado. Noto tambien que tu ojo se vá hinchando mas de lo conveniente, no seria malo que te pusieras algo en él. Vente, te llevaré á casa de un médico amigo mio.

—¡Bah! soy filósofo, y como Zenon, el fundador de la escuela estóica, digo para mí que el dolor no es el mal.

Nos embarcamos: la mar estaba un poco picada. Despues de pasear media hora inútilmente, el patron nos propuso que volviéramos á tierra, Atanasio se opuso á ello.

—¡No temas! le dijo, poniéndose de pié en la popa en la actitud de un César de teatro: llevas á Atanasio y á sus amores.

Por desgracia, la resaca era tan violenta que imprimiendo á la barca un vaiven un poco pronunciado, Atanasio cayó derribado de la popa al mar como una estatua de su pedestal.

—Ánimo! muchachos, gritó el patron, la mar se enfada, pongamos buena cara al mar.

Al tiempo que decia esto tiró un cabo á Atanasio y me puso un remo en las manos.

—A bogar! A bogar!

Hubo algunos minutos de lucha encarnizada. Atanasio, que nadaba perfectamente, se sostenia sobre el agua, pero la resaca lo arrastraba. Corrimos trás él, maniobramos, y ¡al fin, gracias á la habilidad del patron, que era un excelente marino, el naufrago fué izado á bordo.

—Bah!... esto no es nada, murmuró, y cayó desmayado, porque sus fuerzas estaban del todo agotadas.

Volvímos á tierra; hice trasportar á Atanasio al hotel de Europa, donde á poco recobró el conocimiento. Á la media hora quiso levantarse, andar, salir: toda señal de incomodidad ó malestar habia desaparecido. Sin embargo, quizás sufría todavia, pero yo sabia que era capaz de disimularlo. Así que cuando llegó la hora del desafio procuré prorogararlo.

—No, me contestó: ese inglés creeria que tengo miedo. Además antójase me que tiene toda la traza de un novio elegido por la familia. La jóven miss le ha recibido con una frialdad que parecia decirme: «Libertadme de este cócora,» y voy á libertarla.

La cita era para un lugar resguardado y solitario de la playa. Marchamos, y al llegar nos encontramos con el inglés acompañado de uno de sus amigos.

Pocos momentos despues Atanasio entraba de nuevo en el hotel, herido en un hombro.

—Paréceme que no eres muy feliz en tu caza amorosa. Apenas llevamos mediado el día y ya has sacado de gajes un puñetazo, que por poco te deja tuerco, un chapuzon que ha podido ser algo mas serio, y un balazo que te dejará memoria.

—Bah! soy filósofo!

—Deberias volverte á Perigueux.

—Yo retroceder!.. Yo abandonar el campo cuando tengo la esperanza, aun mas, la certidumbre de conquistar mi ideal? Despues de haber pasado cinco años penetrándome bien de todos los ejemplos tanto antiguos como modernos, perderé el valor por un puñetazo, un baño y una raspadura? Bah!.. no lo creas.

—Pero piensa en tu pobre prima que te espera, y á la cual aflijirá tu ausencia.

—Mi pobre prima tiene veinte mil francos de renta para consolarse. Además no debe esperarme, porque he escrito que no iré al país hasta dentro de un mes. De aquí á allá hay tiempo de conquistar toda la Inglaterra.

Su herida era mas seria de lo que su valiente filosofía se empeñaba en figurársela, y á despecho de su valor ponía de cuando en cuando un gesto de condenado. Fuí, pues, á buscar al doctor Berguesse, uno de esos buenos amigos de los cuales nos separan los vaivenes de la vida, pero á los que nunca olvidamos.

Mi diligencia fué inútil, porque el doctor no estaba en su casa. Al volver al h6tel me dijeron que Atanasio habia salido.

—C6mo qué ha salido? Si cuando yo me marché tenia una gran calentura y se habia acostado.

Esto no obstaba sin embargo para que fuera verdad que habia salido.

Suponiendo tal vez con arreglo á la escuela est6ica, ó mas bien á su propia escuela, que venceria el frio de la calentura con el calor de una buena comida, se habia hecho servir una polla asada y una botella de Burdeos, y despues de haber dado cuenta de ambas, habíase marchado á pasear.

Esta ausencia me causó mas inquietud que sorpresa. Conocia aquel temperamento meridional, exhuberante de sávia, de vida y de estravagancia. Esperaba por tanto verle volver muy pronto, pues me parecia inverosímil que pudiera ir muy lejos en la situacion en que se encontraba.

Despues de una hora de espera, la inquietud habia obrado de tal manera sobre mi sistema nervioso, que habia perdido por completo la tranquilidad.

Cogí el sombrero y salí en busca de mi amigo.

—Vaya al diablo el loco y sus amores, iba pensando entre mí: no valia ciertamente la pena que yo abandonase á París para correr estas aventuras. D6nde habria ido á parar?

Me dirigí hácia el h6tel Frascati pensando que le hallaria bajo alguno de los balcones en la actitud de Almagro, menos la guitarra.

Dí la vuelta á todo el edificio como un buscador de pistas; pero en vano. No hallándole fuera, me dirigí al interior en busca del dueño del h6tel. Tal vez Atanasio habria entrado para ver mas de cerca á su ídolo.

No le habian visto.

Volví al h6tel de Europa, nuestro alojamiento.

Tampoco habia nadie.

En esto llegaba la noche: quise persuadirme que no tardaria en volver y me decidí á esperarle de nuevo con toda la paciencia de que soy capaz.

Esta paciencia duró veinte minutos. Sabia que no conocia en el Havre á nadie mas que á su desconocida. No hallándose al lado de ésta, debia estar conmigo á menos de no haberle ocurrido un grave accidente.

Esta conclusion no me permitia permanecer inactivo. Dedíqueme, pues, á recorrer la poblacion, yendo á todos los sitios donde me pudieran dar noticias suyas.

Correría inútil.

A media noche, vista la inutilidad de mis pesquisas, dí la vuelta á la fonda, esta vez casi con la seguridad que hallaria en ella á Atanasio.

La ausencia continuaba.

¿Se habria embarcado? No era verosímil toda vez que no habia salido ningun buque para Inglaterra.

(Se continuará.)

E. M. CUENDE.

ESCRITORAS ESPAÑOLAS.

EMILIA SERRANO DE WILSON.

El día 4 de Enero de 1838 nació en Granada una graciosa niña, á la cual sus padres, D. Ramon Serrano y doña María García Espinosa, pusieron en la pila bautismal el lindo nombre de Emilia.

Cuatro años pasaron, y la niña se fué desarrollando en los poéticos jardines de la ciudad moruna; pero pasados estos, y queriendo sus padres darle una educacion correspondiente al apasionado cari6no que la profesaban, y á sus naturales y bellas disposiciones, se trasladaron á Madrid.

Permanecieron en la corte, hasta que las tempestades políticas que todos conocemos obligaron al padre de Emilia á trocar su patria por la extranjera, y marchó á Inglaterra con su esposa é hija.

Poco despues pasaron á París, y la señorita Serrano entró como pensionista en uno de los mejores colegios de la capital de Francia.

Ya en esta época se manifestaba su númen poé-

tico de una manera evidente: hacia versos con gran facilidad: y á los doce años alcanzó premio honorífico por una preciosa Salve que compuso para rezarla las señoritas educandas de su colegio.

Al terminar su educacion, Emilia Serrano, que era una graciosa adolescente, fué presentada en algunos círculos de la sociedad inglesa, que tan digno papel representa en el gran mundo de París: la severidad británica se prendó con gran entusiasmo hácia la linda andaluza, cuya vivacidad hacia tanto contraste con su flemática compostura, y muchos jóvenes cercaron á Emilia, enamorados de su juventud y de sus encantos.

El baron D. Enrique de Wilson, joven inglés, é hijo de una familia alemana, fué el que, mas enamorado ó mas decidido que los demás, pidió su mano, que obtuvo sin dificultad.

Emilia, aunque nunca habia sido desgraciada, encontró al lado de su esposo una dicha de que no tenia idea alguna, y mayor que las demás: joven, galante, enamorado, su constante ocupacion era agrada-la, y la dicha envolvió bajo su diáfano velo la mansion de los dos esposos, dándoles una hija que la asegurase mas.

Peró la ventura no es de larga duracion sobre la tierra, y Emilia probó pronto esta terrible verdad.

Un año cumplia desde su casamiento, cuando la muerte arrebató á su esposo, sumiéndola en una amarga y temprana viudez.

Este golpe la anonadó, y durante mucho tiempo la inaccion se posesionó completamente de aquel espíritu vivaz y activo.

Tres años pasaron para ella entre luto y tristeza; pero en 1857, vencida por las instancias de sus amigos, y deseando por su parte distraerse, fundó un periódico de Literatura y Modas en París, con el título de *La Caprichosa*, y que alcanzó gran aceptación, no solo en España y Francia, sino tambien en las Américas.

Empezaba apenas á olvidar sus pesares, cuando el cielo la envió otro nuevo y acerbo: su tierna hija, Aurora Margarita, falleció víctima de una rápida y aguda enfermedad, cuando apenas contaba cuatro años de existencia.

Esta pérdida fué tanto mas dolorosa para la señora Serrano de Wilson, cuanto que la dejaba en una completa soledad: y á no ser por su buena madre, de cuya compañía no se ha separado jamás, quizá hubiera sucumbido al rigor de sus pesares.

La primera obra que dió al público algun tiempo despues de la pérdida de su hija, fué un poemita en verso, titulado *Las siete palabras*, en el cual brilla la mas grande resignacion cristiana.

Siguió á este ensayo otro poema, cuyo nombre es *El camino de la Cruz*, y que supera al anterior en cuanto á las bellezas de la forma.

Otro poema siguió á estos dos, mucho mayor en mérito y tambien en dimensiones: titulase *Alfonso el Grande*, y está dedicado á S. M. la Reina.

Ha escrito además y publicado con lujo un bonito libro de educacion con el nombre de *Almacén de señoritas*, que contiene cuentos muy lindos, adornados de preciosos grabados, y de dibujos para bordar y hacer encajes.

Emilia Serrano de Wilson, no ha desatendido, á pesar de estas diversas obras, la publicacion de su periódico, que ha seguido hasta hace pocos meses, habiéndole obligado á dejarle su propósito de ocuparse de obras literarias de mayor importancia, y mas en armonía con su talento poético.

Como por despedida, ha regalado á los abonados de su periódico una preciosa leyenda en verso, titulada; ¡ *Pobre Ana!* elegantemente impresa.

Los periódicos de Madrid y de provincias han publicado además, algunas bellísimas composiciones de Emilia Serrano de Wilson: entre otras, las que llevan por epígrafe, *A América*, *A Napoleon*, *A mi madre*, *Invocacion á Dios*, *La vuelta de la Golondrina*, y varias mas que no recordamos.

Ha dado tambien á luz en París un *Manual-Guia de la Gran Bretaña, Escocia é Irlanda, y otro Manual-Guia de Francia, Suiza y Bélgica*.

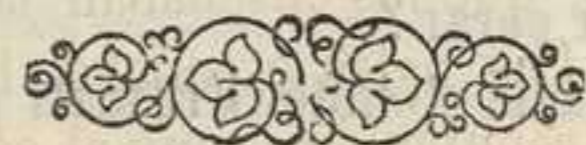
Tiene además escritas y prontas á publicarse varias otras obras, entre las cuales se citan un libro con el título de *Flores de Mayo*, y que es una coleccion de poesías y leyendas, y otro que se llamará *El ramillete de pensamientos*, y que compone otra coleccion de cuentos é historietas morales.

Estos son hasta ahora los frutos que ha dado el talento de Emilia Serrano de Wilson: y ellos unidos á los encantos de un carácter risueño é igual, le han conquistado numerosas y sinceras simpatías.

Su figura es tambien en extremo agradable y expresiva: su estatura es mediana, esbelta y llena de gracia: su rostro respira viveza é inteligencia: tiene los ojos azules, las cejas y pestañas negras, y el cabello de un castaño claro y muy agradable: su tez es triguëña, y su boca fresca y encarnada.

Tal es Emilia Serrano de Wilson, cuyo nombre habrá resonado sin duda en el oído de la mayor parte de nuestras lectoras, pues á su regreso de Francia, dos años hace, su patria la recibió con cariño y alegría, y la prodigó los elogios que de justicia merece su talento, su amable trato y las buenas prendas de su carácter, dulce y franco á la vez.

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



EL PAJE.



Con este nombre se ha conocido siempre á los niños que reciben una educacion distinguida en los palacios de los reyes, príncipes, prelados y señores, á quienes sirven en diversas ocasiones. En todas épocas se ha colocado á los niños en las casas de los grandes con diversas denominaciones. Los *pajes* en la edad media se confundian con los donceles, y eran los novicios ó aprendices de los caballeros. Hacian cerca de los castellanos los oficios que las doncellas cerca de las castellanas. Se los enseñaba á rezar, á combatir á pié y á caballo con toda clase de armas corteses, á honrar á las damas, y segun su edad, á leer, escribir, cantar y bailar. Los simples caballeros no podian tener *pajes* de nacimiento noble, mientras que era necesario hacer pruebas de nobleza para ser admitido en los palacios de los príncipes y los reyes. Sin embargo, se veia con frecuencia á un señor rico enviar su hijo á casa de un señor vecino, afamado por sus hazañas y virtudes, para que aprendiera con su ejemplo el oficio de las armas, de la lealtad y de la cortesía. Los niños entraban en las funciones de *pajes* hácia los siete ú ocho años, y permanecian en ellas hasta los catorce. Prestaban á sus amos los servicios ordinarios de los criados, los servian á la mesa, les llenaban la copa, los acompañaban á la caza y á las visitas. A los catorce años *salian de pajes*, para lo cual se celebraba una ceremonia religiosa, en la que el oficiante, tomando del altar una espada pendiente de una banda, se la ceñia al jóven, que le presentaban su padre y su madre, y algunas veces un padrino y una madrina. Cuando la alta nobleza abandonó por la córte sus tierras señoriales, la costumbre de tener *pajes* se fué perdiendo poco á poco, escepto en los palacios de los soberanos y príncipes de la sangre real. En España han subsistido hasta principios de la actual época constitucional, y aun viven muchos que llenaron este cargo cerca del último monarca don Fernando VII.

A los *pajes* solia exigírseles pruebas de nobleza por cuatro generaciones. En el ejército servian de ayudantes á los edecanes del rey. Los *pajes* alumbraban al rey por la noche, llevando en la mano hachas de cera blanca. En las grandes solemnidades se colocaban delante y detrás de su carroza y á las portezuelas junto á los estribos. Estos *niños de honor* eran educados en un palacio particular por un director, ayos y profesores, que los enseñaban las principales ciencias y artes. Los *pajes* españoles han merecido siempre la mejor reputacion, muy al contrario de lo que se dice de los franceses y otros paises, pues de los primeros se refiere que las mujeres de Versailles

procuraban no pasar por delante del hôtel donde estaban alojados por temor de que las insultasen con sus chanzas, con frecuencia demasiado licenciosas, groseras y malignas.

Dos *pajes* servian á la mesa á los reyes de Francia, y la misma etiqueta se observaba en los palacios de los príncipes de la familia real. Los criados se colocaban detrás de los *pajes*, y les daban y recibian de su mano los platos. Cuando el Príncipe enviaba algun manjar á una señora que se sentaba á su mesa, el *paje* llevaba por sí mismo el plato que le habia entregado su señor, si la dama era bonita, pero de lo contrario se lo encargaba á un criado. No se podia hacer esperar á un *paje*, y nadie sino la persona á quien era enviado debia recibir la órden, carta ú objeto de que era portador. Su vestido debia ser de los colores del señor á que servia; un lazo con cintas pendientes, que flotaban por su espalda, y la pluma blanca que rodeaba el sombrero de los *pajes*, constituian la elegancia de su traje, que variaba segun las modas de la época.

Todavía nos quedan millares de anécdotas y proverbios del carácter y costumbres de los *pajes*, que prueban lo que fué esta institucion, apreciable por su antigüedad, y el esplendor que por lo general su juventud y su belleza daban á las comitivas de los monarcas.

Las meninas, tan célebres durante la dinastía austriaca, hacian cerca de la reina y las infantas los mismos oficios que los *pajes* prestaban al rey y á los grandes señores. El tipo verdaderamente poético, sin embargo, es el del *paje* de la edad media, y no puede recordarse sin profunda emocion aquella jóven que acompaña en este traje al misterioso Lara, de Lord Byron, hasta que la tierra de la tumba oculta los secretos del caballero, que desaparecen con él y con el *paje*, que para no revelarlos desaparece tambien.

(Arreglo.)

JOSE SANCHEZ BIEDMA.

MODAS.

La cuaresma con sus costumbres severas, que no abandonará nunca el pueblo español, ha venido como de costumbre á detener un poco la incansable actividad de la Moda; pero ésta, que nunca interrumpe su marcha, dejando á un lado los trajes de baile de que tanto se ha afanado, se ocupa ya de las novedades de Primavera.

Indiscretos seríamos si descubriésemos antes de tiempo las graciosas creaciones que la Moda prepara para la estacion próxima: empaquetadas ya y en ca-

mino, no tardarán en llegar, y los espaciosos almacenes de la Corte, cada día mas magníficos y mejor surtido, espondrán en sus lujosas muestras nuevos objetos que tentarán el buen gusto de nuestras elegantes.

Esperando tejidos nuevos para trajes, se ostentan, y adquieren mayor realce entre sus cristales, encantadores cinturones Médicis ó á la Suiza; ligeras redcillas; lindas corbatas; aéreas toquillas; delicados adornos de pasamanería; irreprochables guantes; deslumbradoras joyas en ricos estuches; vistosas cintas; delicadas flores, y tantos otros caprichos con que la industria y el arte se enriquecen cada día, y entre los que así la señora mas exigente, como la modista mas hábil, no pueden menos de encontrar lo que les conviene.

Entretanto los vestidos de calle son los que llaman la atención, y si siempre los colores oscuros son los mas á propósito para ellos, nunca como ahora, en que la asistencia mas frecuente á las iglesias exige un porte modesto.

Muy distinguido es en este género un vestido de seda, fondo negro, sembrado de flores menudas, y por único adorno un volante encañonado de la misma tela. El cuerpo deberá ser liso, de talle redondo; y la manga con adornos correspondientes.

Conveniente nos parece tambien otro de grós rayado, gris y negro, guarnecida la falda de dos anchas tiras de glasé negro, bullonadas, y con las orillas picadas. Talle redondo y manga de codo, y con vuelta, completan el vestido.

Como abrigos para terminar la estación, continúan los de forma redonda de paño ó de terciopelo, los talmas, y como prendas de transición los chales de cachemir, tan á propósito para invierno como para primavera.

Explicacion del FIGURIN, núm. 664.

[Para las suscriptoras á dos figurines.]

FIG. 1.^a TRAJE DE CALLE.—Vestido de grós liso, color de moda. El cuerpo es alto, cerrado con botones, y el escote un poco abierto en forma de corazon. La manga es lisa, entreancha, é igual de arriba que de abajo. La falda va armada á la cintura en un galon, y guarnecida en su bajo de dos órdenes de rizados encañonados de grós azul, cortados en figura de concha y armados en un junquillo, cuyos extremos cruzan en el primer órden de izquierda á derecha, y en el segundo al contrario. Otras conchas mas pequeñas forman en la manga hombrera y vuelta, y cuello en el escote.

Sombrero de terciopelo azul, guarnecido de cintas y rizados de grós del mismo color, con las orillas picadas. El ala es lisa: el fondo flojo: el bavolet, que

es de grós, va adornado de una cabeza rizada. Un lazo de grós va puesto sobre el ala, y sus puntas bajan por los lados. Un rizado de grós, cuyo grueso disminuye conforme va bajando, contornea el ala: las bridas son de cinta de seda. El rostrillo es de blonda blanca, y encima hay un lazo de blonda negra con algunas flores de geranio de terciopelo azul.

FIG. 2.^a TRAJE DE CASA.—Zuava de cachemir morado, bordada de trencilla negra imitando á guipur: el cuello, vueltas de manga, bolsillo y contornos van guarnecidos de un rizado de puntilla negra.

Falda lisa, de glasé negro.

Camiseta de muselina, alta y cerrada, con un rizado de encaje al escote.

Corbata de seda, morada.

FIG. 3.^a TRAJE DE NIÑA PARA LA PRIMERA COMUNION.—Vestido de muselina lisa. El cuerpo, francido en el talle, va sujeto con un cinturon Médicis, de grós blanco, formando punta por delante, arriba y abajo, y anudado al lado con un echarpe Duquesa, tambien de grós, con dos largos cabos flotantes que terminan en un encañonado. Como este cuerpo va escotado, en cuadro, y adornado de un bullonado y un volantito encañonado, se completa con una camiseta de muselina clara que cierra en el cuello con un rizado de la misma. La manga es larga y de codo, y va adornada en el hombro de un bullon con un volantito encañonado, cuyo adorno se repite en la bocamanga. La falda va adornada de cinco jarroncitos lisos y que terminan con un bullonado y dos órdenes de encañonados puestos como volantes.

Una redcilla de malla blanca, guarnecida de un rizado de grós, recoge el pelo, y un velo grande de tul blanco ó de muselina clarin completa el traje.

Explicacion del pliego de Dibujos.

- NUM. 1. Cuello bordado con trencilla y á la inglesa sobre nansouk.
- NÚM. 2. Puño correspondiente.
- NUM. 3. Canesú de camisa para señora, bordado á feston y pasado.
- NÚM. 4. Manga correspondiente.
- NUM. 5. Escudo rico bordado á plumetis.
- NÚM. 6. Cenefa al pasado, para colocarla sobre el jareton de una enagua.
- NÚM. 7. Cenefa de hojas á feston, para juegos de cama.
- NUM. 8. Feston torcido, para bordarle sobre un jareton que se recortará por dentro de las ondas.
- NUM. 9. Otro idem para el mismo objeto: ambos servirán para enaguas, camisas, delantales de niña, etc.
- NUM. 10. Escudo bordado á plumetis.

AURORA PEREZ MIRON.

Por lo no firmado: El Director
Y EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.

a.—Una mu-
doña Angela
ra Perez Mi-

ion ó á sus
alegre ó tris-
lmente, ha-
Esto ya ofre-

a cada uno
mos muchas

gamos á Pa-
ó menos co-

bailes, pero
s pocos.

del Ministe-
ministro de la
grado llamar
última fies-
as flores mas
n París, al-
los siglos y
panopla de

man apurado
es de la ri-
ha logrado
to que le es
eible la sen-
baile de las
traje de tul
tes, con el

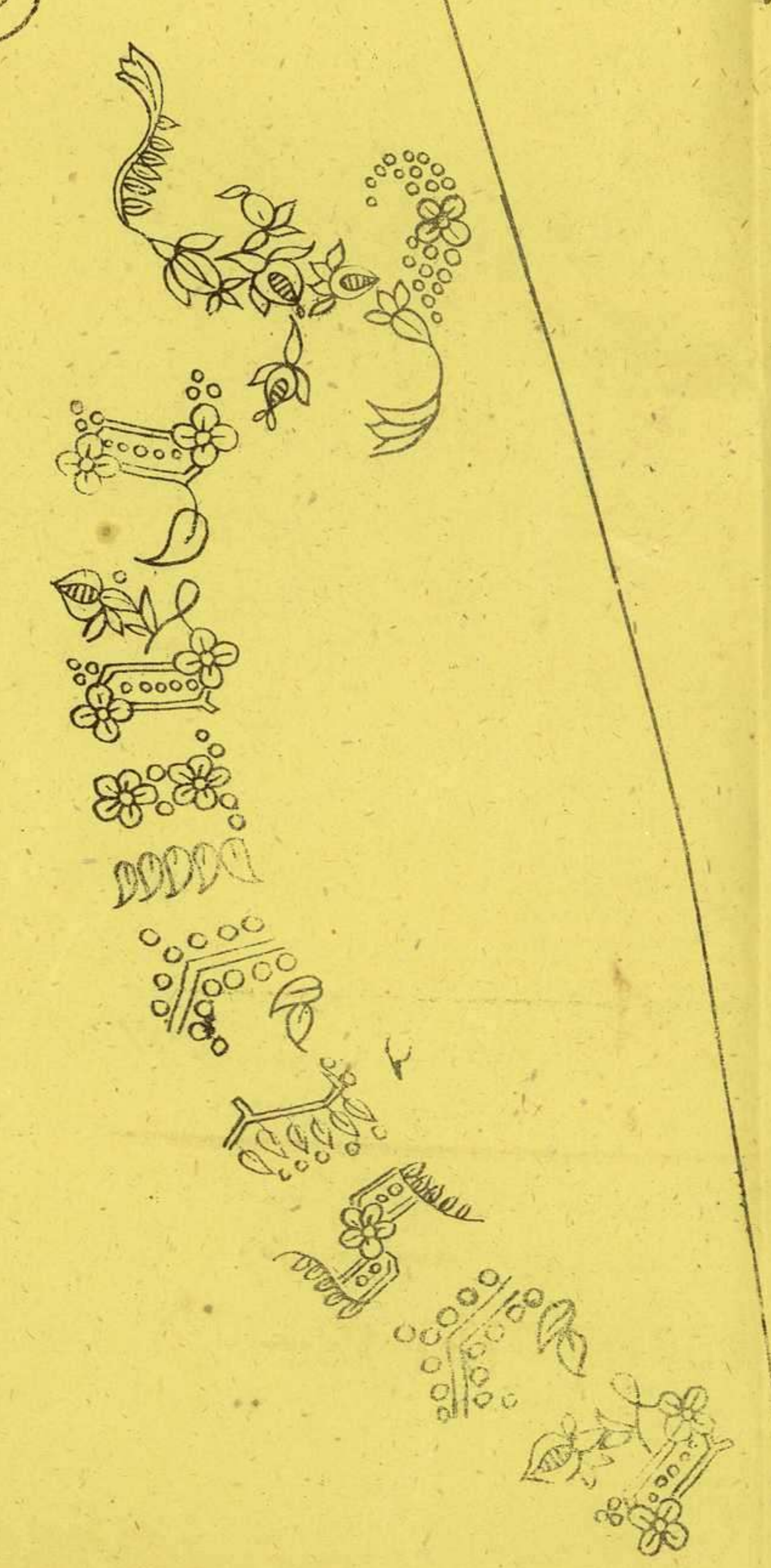
e divierte y
ad: las ven-
or damas de
curridas; y

Correo de la Moda.

Calle de Lope de Vega 30.
4.1787.

Marzo de 1862.

Lit. de J. Aragon, Brosas 10.

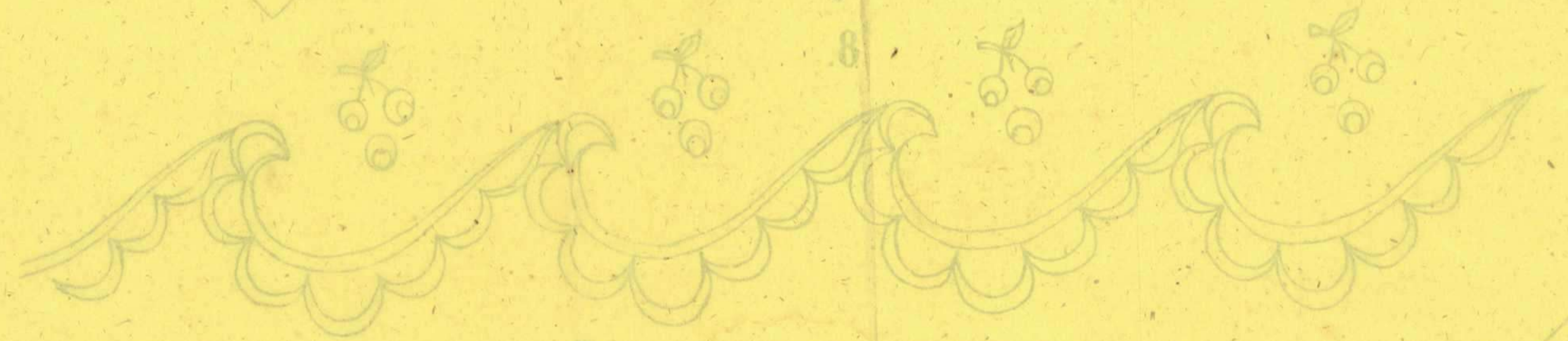
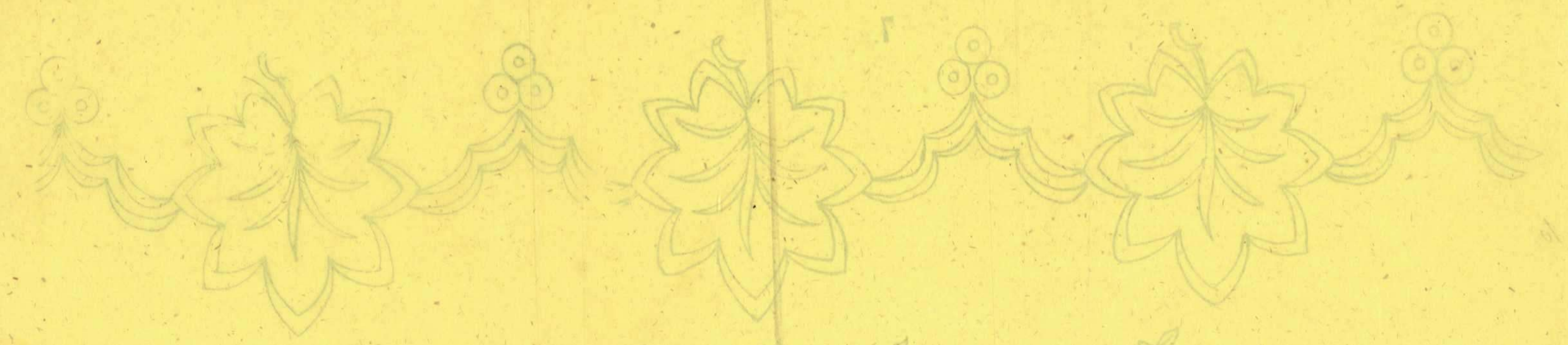


Wm. A. 1861

of the year 1861

1861

Wm. A. 1861



mino, no tard
de la Côte,
do, espondrá
tos que tenta

Esperand
y adquieren
tadores cint
cillas ; lind
adornos de p
lumbradoras
delicadas flo
industria y
los que así
mas hábil,
conviene.

Entreta
man la ater
los mas á p
que la asis
un porte n

Muy di
seda, fond
por único
tela. El cu
la manga

Conver
yado, gris
tiras de g
cadas. Tal
completan

Como
los de for
mas, y co
chemir,
mavera.

Esp

FIG.
color de
nes, y e
La mang
de abajo
lon, y e
dos enc
concha
cruzan
en el se
queñas
cuello e

Som
y riza
cadas.

